«Estudio» siente Ecuador

SIETE AÑOS DE ESPERANZA

El 25 de junio de 2016 tuve la fortuna de ser el protagonista del partido benéfico entre profesores y alumnos que organizaron estudiantes de la clase 17, con el apoyo del Colegio «Estudio», el Club Deportivo Estudio y ADANAE. El motivo era recaudar fondos para ayudar a las víctimas del terremoto de 7,8 que el 16 de abril anterior había sacudido la costa de Ecuador.

Digo fortuna, porque a pesar de la tristeza que aún sentía, por haber vivido en primera persona el desastre, poder contemplar como el colegio donde había estudiado se volcaba por apoyarme, me enorgullecía.

Dos meses antes, ese 16 de abril, yo estaba de compras en el centro de la pequeña localidad de Jama, en la provincia de Manabí, cuando a las 18.58 horas empezó a temblar, se fue la luz y tras unos segundos, casi todos los edificios de mí alrededor cayeron. Cambió mi vida desde luego, pero sobre todo cambió la de Jama y su gente. No entraré en detalles de lo que supone un terremoto, pues no es agradable, pero sí quiero resaltar, que no termina cuando deja de moverse el suelo, ni cuando cesan los rescates y las ayudas de emergencia; eso sólo es el inicio. El verdadero terremoto empieza cuando la población se da cuenta que además de los familiares, ha perdido un hogar, un pueblo, un modo de vida.

Reconstruir todo eso no es fácil, lleva mucho tiempo y necesita de mucha ayuda. Por suerte, esto último, no faltó, y tanto desde Ecuador, como del resto del mundo, la población se volcó en ayudar. Yo quise hacer lo mismo.

Cuando logré salir de Jama me di cuenta de la gravedad del evento que había vivido (aunque soy geólogo, no tenía un sismógrafo incorporado y al no haber tampoco radio ni señal, no supe el alcance hasta que recorrí la provincia). Me acogieron en una casa junto a otros extranjeros y desde ahí organizamos algunas ayudas. Al no tener víctimas cercanas, los extranjeros teníamos mucha más disponibilidad. Unos recogían material y otros, nos volvimos al epicentro a entregarla a aquellas zonas rurales, donde no estaba llegando.

Fue satisfactorio, pero no me bastaba. No me pareció justo, al volver a España, que yo tuviera un hogar, que todo siguiera igual y que mi gente de allí lo hubiera perdido todo. Pregunté que se podía hacer, a quien podía ayu-

dar y parecía una tarea imposible. Algunas autoridades son muy reticentes a que alguien de fuera sea quien ejecute las ayudas y yo tenía claro, que conociendo cómo funciona esa parte del mundo, no iba a recaudar dinero ni material para que se perdiese en el camino o se emplease en proyectos de dudosa utilidad.

Los terremotos los ocasiona la naturaleza, pero las víctimas y los daños materiales no son, en su mayoría, producto de un desastre natural, sino del desconocimiento y la mala gestión del territorio que, incluso intencionadamente, se realiza por parte de la población. Eso sólo se soluciona de una forma, con educación.

Por eso, cuando me llamaron para decirme que una pequeña escuela de Jama no iba a recibir ayuda del gobierno por ser particular, lo vi claro; pedí a un amigo arquitecto que se acercara por allí a hacer fotos, entrevistar y evaluar los daños. Tenía proyecto: la reconstrucción de la escuela María Magdalena Cevallos en Jama; ahora sólo faltaba el dinero y ciertamente, no fue difícil conseguirlo.

Llamé al Colegio «Estudio», y su respuesta fue clara: *nosotros nos encargamos*. Vuelta al 25 de abril, sentado junto a mi mujer y mi hija viendo un partido de profesores contra alumnos, en un pabellón lleno de gente de Estudio.

Un mes más tarde estaba de vuelta en Jama, reuniéndome con los profesores, las familias y los alumnos, y entre todos nos pusimos a levantar la escuela. Se completó el dinero que faltaba con alguna donación desde España y local. Unas semanas más tarde, la escuela podía de nuevo abrir sus puertas y continuar con la educación de los más pequeños.

Desde entonces, todos los años viajo a Ecuador, continúo con algunos proyectos de abastecimiento de agua y riesgos geológicos y, por supuesto, siempre hago una parada en la escuela María Magdalena Cevallos; esa escuela que se levantó y que siguió su camino, con esperanza y valentía. No sólo se ha mantenido, sino que en los últimos años ha crecido, pasando de ser escuela a colegio y para el curso que viene, ofertará también bachillerato, dando la oportunidad a muchos estudiantes de recibir una educación diferente, algo que, en «Estudio», entendemos perfectamente. Se ha pasado de 6 a 14 profesores y con la ayuda de las familias y seguro que de gente de fuera que cree en ellos, ampliarán las instalaciones, con el objetivo de mejorar siempre la calidad de la enseñanza.

Muchas veces las buenas ideas y los proyectos se quedan en el camino. Este no es el caso. El éxito de este proyecto se debió principalmente a la voluntad de las familias y el profesorado, pero no hubiera sido posible sin la solidaridad de otro colegio a miles de kilómetros de distancia, el Colegio «Estudio».

RAFAEL JORDÁ BORDEHORE
(Promoción 1997)
Doctor en Ciencias Geológicas
Presidente de Geólogos del Mundo